

do ó cubriéndolo en parte. Si la construcción es importante, y sus principales divisiones están simétricamente distribuidas, convendrá, para satisfacer á las exigencias de la armonía, que el parque presente el mismo carácter, y que las calles de árboles, los macizos regulares, las terrazas de formas geométricas, acompañen á la construcción y se ligen á las grandes líneas de su arquitectura. Cuidémonos de caer en la monotonía y en la sequedad, y que las transiciones hábilmente tratadas nos conduzcan de la composición regular á las formas libres, pintorescas y quebradas del paisaje. Si, al contrario, la habitación tiene formas caprichosas, evitemos toda simetría en las plantaciones, y que por donde quiera el arte trate de disimularse. En suma, que en torno se respire la felicidad y dulzura de la vida de los campos.

Mr. Reynaud cita como ejemplos, á algunos grandes castillos, especialmente del Renacimiento francés, entre otros los de Chenonceaux y de Richelieu. (Véanse.)

PEQUEÑAS CASAS DE CAMPO DEL SIGLO XVII.—Su carácter se marca por las puertas pequeñas, y las ventanas que tienen grandes dimensiones; los materiales de construcción claramente están manifiestos. La asociación de piedras y ladrillos es muy frecuente en la arquitectura de los comienzos del siglo XVII; pareciendo más conveniente en el campo que en la ciudad, por destacarse mejor el tono rojo del ladrillo sobre los fondos verdes del paisaje.

Citaremos el castillo de Maisons, cerca de San Germán, á orillas del Sena, que es rico, monumental y solemne; pertenece á la escuela que llegó á dominar bajo Luis XIV. Débese á Francisco Mansard.

CASTILLOS DEL SIGLO XVIII.—Este siglo construyó en Francia gran número de castillos y de casas de campo. Satisfacen menos que los del siglo anterior desde el punto de vista artístico; pero están más bien distribuidos y son más cómodos. El gusto está en decadencia manifiesta; la arquitectura se resiente del relajamiento de las costumbres; ha perdido el sentimiento de

la dignidad y de la magnitud moral que amenguó considerablemente el fin del reinado de Luis XIV.

Pocos ejemplos dignos pueden ponerse. El maestro Reynaud nos habla de un pequeño castillo construido cerca de Lyon, en la vertiente de una colina, cuyo pie baña el Saona.

Finalmente, los jardines de cierta importancia se exornan de ordinario con ciertos edículos, tales como cenadores, casas para los jardineros, pabellones de descanso, invernáculos y otros.

II.—EDIFICIOS RELIGIOSOS.

Los edificios consagrados á la religión, presentan en su estudio, más que ninguno, interés palpitante y grandes dificultades: agitan las más delicadas cuestiones, y penetran profundamente en la vida de los pueblos. En todas las épocas, el templo ha sido el monumento más importante de la ciudad. Símbolo de la religión que lo ha consagrado, en su torno y bajo su abrigo se agrupan las habitaciones de los ciudadanos; de la misma manera que la sociedad se establece y desarrolla bajo la égida del gran principio en el cual ha puesto su fe. Brillante manifestación domina á la ciudad, la anuncia á lo lejos y determina la expresión más culminante. Tales son el vasto templo de fábrica monumental y los gigantescos pilones de Egipto; la rica pagoda de la India; el templo de mármol levantado en la cumbre de la Acrópolis de Atenas, y los de otras ciudades griegas y romanas; las cúpulas redondeadas y los esbeltos alminares de las mezquitas orientales; las inmensas catedrales de la Edad Media con sus torres elevadas y sus flechas enhiestas. En estos edificios la industria prodiga todos sus tesoros, la ciencia de las construcciones pone en juego todos sus recursos, y la Arquitectura manifiesta todo su poder y se reviste de sus más imponentes caracteres. Mientras la distribución varía con las exigencias de los diferentes cultos, sus formas se armonizan

siempre con las ideas religiosas y á las cuales están llamadas á satisfacer; y por lo que glorifican, propagan y sostienen. Construídos los edificios con una solidez que explica su importancia y la fe que todo culto tiene en su duración, superviven, al menos en parte, á los pueblos que los han levantado y á las creencias para que han servido. ¿Qué son, en efecto las antigüedades de Asia, de Egipto y Grecia? ¿Qué queda de tanto producto de la actividad humana? Restos de templos. Las casas han desaparecido, las murallas se han hundido, los puerros se han cegado; los numerosos caminos trazados en la superficie del globo no se encuentran ya; pero gran número de monumentos religiosos subsisten aún, y hacen revivir á nuestros ojos las naciones que los han edificado.

Consagraremos estas líneas á su estudio, aunque rápido, dividiéndolo en dos partes esenciales: la primera, tratará de los templos de la antigüedad; la segunda, de los del Cristianismo; en cuanto á los protestantes, nada ó casi nada hay que decir.

I.—TEMPLOS ANTIGUOS.

TEMPLOS INDIOS.—No damos á estos templos la prioridad por ser los más antiguos. Parece que los más célebres son posteriores á la mayor parte de los de Egipto. Aun cuando su forma y el espíritu en que están concebidos nos harían pasarlos por alto, merecen citarse por la grandeza de la concepción y la suma de trabajo ejecutado que representan.

La excavaciones de Elora han exhumado los monumentos más notables de este género, que se conocen. Son muy numerosos, tienen formas y dimensiones extraordinariamente variadas, desarrollándose en cerca de dos leguas de longitud, fabricados con una roca de pórfido compacto. El más precioso de todos es el Kêlâça, templo dedicado á Siva. Consiste en un gran patio, rodeado de pórticos en tres de sus lados, en medio del cual patio se levanta un templo de cinco naves, seis capillas, puentes, especies de obeliscos y dos elefantes colosales. Este patio, de cerca de 80 metros de longitud por 50, ha sido

enteramente excavado en una profundidad media de cerca de 30 metros. Todo esto forma en realidad un monolito de pórfido: la materia es muy dura, y sin embargo, todas las superficies están cubiertas de esculturas de muy pronunciado relieve: son pilastras, ménsulas, follajes, asuntos tomados de la mitología india, figuras de dimensiones colosales: su ejecución prueba un arte muy avanzado, á pesar de que en algunas formas hay algo de bizarro y de monstruoso. Semejantes trabajos han debido exigir el esfuerzo de varias generaciones.

Algunas pagodas son igualmente admirables. Tal es la de Chalembon en la costa de Coromandel. Tres capillas juntas ocupan el centro de un patio rectangular rodeado de pórticos. Este patio está colocado en un recinto que presenta en tres de sus lados una doble hilera de pórticos superpuestos, y abierto por el cuarto, sobre otro recinto que encierra varias construcciones: todo es colosal, teniendo algunas puertas 50 metros de altura! El recinto mide cerca de 420 metros de longitud por 300 de ancho.

Otros templos son también obras muy notables, aunque presentan menos desarrollo que los anteriores. Varios consisten en una pagoda piramidal colocada en medio de un recinto circundado de pórticos. El edificio principal se compone habitualmente de varios pisos cubiertos de esculturas.

Todos estos monumentos pertenecen á un estilo arquitectónico bien caracterizado y que no tiene parecido con algún otro: muestran de bulto una organización poderosa, una extraña cosmogonía, una fe profunda y una civilización muy avanzada en algunos puntos; pero que anuncia al par la viciosa constitución de la sociedad indígena. Ha faltado allí lo que ha constituido la grandeza de otros: la libertad del hombre y del arte.

TEMPLOS EGIPCIOS.—Son admirables y de arquitectura rica, severa y monumental. Esta presenta masas imponentes: los materiales más resistentes se han empleado á profusión en las más favorables condiciones para la solidez.

La mayor parte son de grandes dimensiones y trabajados

con rara perfección: los cielos rasos se hallan sostenidos por columnas numerosas y macizas; las murallas exteriores son muy gruesas y presentan hacia afuera un talud muy pronunciado. Había templos monolíticos, entre otros el de Sais, de que nos habla Herodoto, y el de Latona en Buto.

La ornamentación es notabilísima: igualmente es rica y monumental. Consiste, sobre todo, en inscripciones jeroglíficas y en bajos relieves que representan escenas históricas ó religiosas, y animada por brillantes colores asociados al trabajo escultórico.

La mayor parte de estos ornatos está tallada en hueco al exterior de los edificios, quizá por la acción de los agentes atmosféricos, y sólo al interior se halla en relieve. Estatuas colosales de hombres y animales, se advierten en los vestíbulos de las fachadas, y avenidas con esfinges de enormes dimensiones indican las grandes puertas de entrada. Encuéntrase allí un arte original y poderoso que obedece en todo al propio pensamiento; á la vez que austero y lleno de lujo, habla fuertemente á la imaginación. Empero le falta del todo una cualidad esencial ya señalada en los templos de la India: la libertad. Las formas dominantes son consagradas, y no era permitido al arquitecto egipcio obedecer á su libre inspiración: trazábale la casta sacerdotal, un círculo estrecho é infranqueable; casta que había decretado la inmovilidad. Sin embargo, descuellan diferentes estilos en el arte egipcio: como los demás, tuvo sus épocas de grandeza y de decadencia; pero no es fácil reconocer estas etapas, pudiéndose aplicar á la arquitectura egipcia lo que Platón decía de la pintura: que la política de los egipcios la mantenía sin alteración y sin progreso.

Estrabón nos ha dejado la descripción de los templos de Egipto, en las siguientes frases: "Se entra—dice—en una avenida enlosada llamada *droma*. Hacia los lados de esta avenida y en toda su longitud, están dispuestas esfinges de piedra: después de las esfinges hay un gran propileo, en seguida otro y á continuación un tercero. Pasados los propileos se alza el tem-

plo, compuesto de un naos, de un pronaos grande y notable, y de un *seos* (santuario) más pequeño. Este último no contiene escultura alguna, ó si las hay, son nada más representaciones de animales. A cada lado del pronaos se levantan las alas, que son muros de la misma altura del templo."

Es notable el gran templo del Sur ó de Khons, en Tebas: su plano presenta mucha regularidad, y parece haber sido elevado, al menos en parte, por Ramsés III.

Los templos subterráneos ó *speos*, de Egipto, son tal vez más notables que los alzados sobre el suelo. El de *Phré* (Dios-sol) en Nubia, tiene un pronaos de 17 metros de lado, dividido en tres naves por ocho grandes estatuas: el naos tiene un cielo raso al que sostienen cuatro pilastras, y por último el santuario con dos pequeñas salas. Está enteramente tallado en la roca y la construcción es colosal.

Otro *speos* muy interesante es el de Ibsambull, consagrado á *Athor*, la Venus egipcia. Las estatuas de los nichos tienen de 10 á 11 metros de altura.

Hállanse, finalmente, en Egipto, *hemispeos*; es decir, templos en parte hechos en la roca y en parte levantados sobre el suelo. Tal es el de Ghirché, en la Nubia.

TEMPLOS GRIEGOS Y ROMANOS.—Los templos griegos no han exigido tanto trabajo material; pero ¡cuán superiores son á los otros desde el punto de vista artístico! ¡Qué armonía en las proporciones! ¡Cuánta elegancia en las formas! ¡Qué majestad en la expresión! Su arquitectura grande y viril, tiene al mismo tiempo exquisita delicadeza y serenidad admirable. Nada de misterioso hay en sus efectos: todos sus elementos se hallan en clara y franca exposición, y su belleza se muestra como una consecuencia natural de sus condiciones de existencia. Anima y poetisa á la materia, de la misma manera que el politeísmo animaba á todas las partes de la creación. Jamás pueblo alguno como el griego, ha manifestado tan dignamente su ideal.

Estos templos se componían esencialmente de un pronaos

y un naos. El pronaos consistía en un pórtico más ó menos extenso, que daba vuelta algunas veces en torno de las caras laterales y sobre la posterior, rodeando al edificio. El naos estaba habitualmente cubierto; en algunos templos lo estaba en parte.

Según el decir de Vitrubio, había varias clases de templos, atendiendo á la disposición de los pórticos, que era el elemento más característico.

El templo *in antis* era aquel cuyo pronaos estaba comprendido entre dos prolongaciones de los muros laterales del naos. Las cabezas de estos muros estaban decoradas de pilastras cuyo intervalo ocupábanlo dos columnas. El entablamento se hallaba coronado por el frontón sacramental.

En el *prostilo*, el pronaos estaba únicamente formado de columnas, y, en consecuencia, abierto en sus caras laterales.

El *anfiprostilo* presentaba sobre la cara posterior un pórtico semejante al de la cara principal.

En el *períptero*, el naos se hallaba rodeado de un pórtico. Los templos de Pæstum, del Partenón y de la Piedad (Roma), son perípteros. El de la Magdalena de Paris tiene esta forma exterior.

El *seudoperíptero* era un templo en el cual los muros laterales y el muro posterior del naos, se apoyaban entre las columnas del pórtico que estaban embutidas cerca del $\frac{1}{3}$ de su diámetro. La *Casa cuadrada* de Nimes y el templo de la Fortuna Viril en Roma, son ejemplos de esta disposición.

El *díptero* presentaba un doble pórtico en cada una de sus caras; como el célebre de Diana en Efeso.

El *seudodíptero* era un díptero en el pórtico, del cual se había suprimido la fila interior de columnas; de suerte que este pórtico tenía dos intercolumnios, más un diámetro de columna de profundidad. El *seudodíptero* presentaba grandes dificultades de ejecución á causa de la distancia que separaba á las columnas del muro.

El *hipetro* era el templo cuya naos no estaba enteramente cubierta; como el Partenón.

El *peribolo*, aquel cuyo recinto estaba circuido de pórticos; como el de Venus en Roma, y el de Júpiter Olímpico en Atenas.

Finalmente, algunos templos eran circulares, como los de Vesta.

Los diversos órdenes de arquitectura se empleaban en la construcción de los templos, y se escogían de manera de armonizarse con el carácter de ellos. Vitrubio dice que Minerva, Marte y Hércules debían tener templos dóricos; que Juno, Diana y Baco, jónicos; y los de Venus, Flora, Proserpina y las ninfas habían de ser corintios, por sus formas delicadas y elegantes. Debe observarse que bajo el Imperio romano, el corintio se empleó más que los otros, de preferencia; habiéndose aplicado, si no á la totalidad, al menos á la mayor parte de los templos. El amor á la riqueza había borrado el sentimiento de las conveniencias morales.

II.—IGLESIAS.

Tan luego como se permitió á los cristianos celebrar su culto en público, planteóse una cuestión importante: la de saber qué disposición se adoptaría para los templos de la nueva religión. Ahora bien; la arquitectura no improvisa, especialmente en épocas de decadencia; y con dificultad se resolvió entonces á romper con sus antiguas tradiciones: el nuevo dogma anunciaba, sin duda, de una manera implícita, una renovación en el arte; pero tal creación exigía una labor de varios siglos. Los templos del paganismo no podían servir de recurso; pues no convenían bajo ningún concepto, no estando abiertos más que á los sacerdotes y á un pequeño número de iniciados; mientras de que el Cristianismo, en nombre de la igualdad delante de Dios y que acababa de proclamarse, quería admitir á todos los fieles en sus templos; y pedía, en consecuencia, salas más espaciosas y mejor alumbradas. Por otra parte, lo que la antigua religión había consagrado, no se aprobaba por la que surgía para las nuevas creencias, y por tanto, necesitábanse